

La isla Tierra Tierra

Gonzalo Rodas Sarmiento

Octava parte: Vivencias de actualidad

El cartero

El cartero de la isla

De tanto caminar, no supe cómo llegué a una isla solitaria.

Eso fue en los primeros años, en que ya desempeñaba el oficio de repartir la correspondencia. Al comienzo, mantuve en mi poder cada carta durante muchos meses. Lo que más me interesaba era que no se me perdiera ninguna. De todos modos, empezaron a sufrir deterioro. Recuerdo que los sobres estaban cada día más amarillentos, y a punto de desintegrarse. Las cuidaba celosamente, por miedo a entregarlas en forma equivocada. Aún no había hecho llegar ninguna carta a su destino, pero no perdía la esperanza de lograrlo algún día.

Con el tiempo, fui aprendiendo a arreglármelas cada vez mejor. Me resultó difícil porque, habitualmente, me encargan encomiendas extrañas, de distintas clases y formas. Es común que algunas mercancías vengan envueltas de muy mala manera, mientras otras traen un bello envoltorio de regalo y una rosita de papel. Igual, todas llegan deterioradas a destino. Recuerdo algunas que venían sin envolver. Hay gente que manda las encomiendas sin un miserable papel que la contenga. O no le ponen remitente. Eso sería lo de menos, lo peor ocurre cuando tampoco le escriben la dirección del destinatario.

De repente necesito parar un poco a ordenar mis pensamientos. Entonces, voy a la playa, solo, a ver si me encuentro con mi razón de ser. Mirando el mar y escuchando el ruido de las olas me doy cuenta de lo que soy y de lo que quiero ser.

Así como hay gente que lleva libros a la playa, simplemente para entretenerse, yo prefiero leer en la arena, los mensajes escritos en ella. Nunca he sabido quién los puso ahí. Realmente, no sé con quién me estoy encontrando. Quizás con alguien como yo, que también escribe cartas que nunca nadie leerá. Vivo así, buscando y buscando, hasta morir sin encontrar. A veces me digo que no he venido al mundo a encontrar, sino solamente a buscar, que no es lo mismo.

Me gustaría poder decir que todas las cartas que reparto las he tenido que ir a buscar previamente al correo. Es que eso sería lo lógico. Pero, la realidad es bien diferente. Muchas de las misivas y mensajes que hay en mi maletín los tuve que recoger del suelo.

Eso pasa porque mi trabajo es algo que no termina nunca. Cuando voy por la calle, no tardo en ver un papel en el suelo. Un papel que, en ningún caso es basura, sino

una carta que alguien escribió. Para mí es importante hacer llegar ese mensaje. No puedo evitarlo. Parece ser mi misión.

A lo mejor, sería preferible que algunas cartas no llegaran nunca. Pero, eso yo no lo puedo decidir. De cualquier manera, es mil veces preferible que llegue lo que no tendría que llegar, con tal que no se queden en el camino esos otros mensajes que, imperiosamente necesitan arribar.

Las cartas que encuentro tiradas por la calle, tengo derecho a leerlas, pues vienen abiertas y sin sobre. Son mensajes que buscan a su destinatario, y soy yo el que tengo que descubrirlo. Por supuesto que no es fácil. Hasta cartas de amor he encontrado en las baldosas, siempre cerca de un árbol. La primera vez que vi una esquila en plena vereda, no pude resistirme y la recogí. Quise leerla pero no estaba completa. Era apenas un trozo, lleno de misterio. Me dolió esa carta porque mostraba una situación como de ruptura, aunque el mensaje estaba escrito en términos de acogida. Una contradicción que a mí no me correspondía aclarar.

Cada vez tengo más claro que mi misión es hacer llegar los mensajes. Ya sabrá la otra persona qué hacer con el resto que falte.

Para ir a buscar el correo proveniente de otras islas, salgo en mi débil bote a recorrer el archipiélago. Voy contento, pensando que en mi equipaje debe ir la gran carta que le mejorará la vida a alguien. Al final, siempre me decepciono, quizás porque mis expectativas son demasiado abultadas.

Remo con dificultad, muchas veces con el viento en contra. Una vez había tiburones y tuve que volver.

Necesito pasar, con la máxima naturalidad posible, entre medio de las guerras que se están llevando a cabo entre ciertas islas, por la supremacía del océano. Voy esquivando cañonazos y tratando de que no me hagan prisionero. Afortunadamente, soy también el encargado de llevar información secreta, como las palabras claves, las que cambian todas las semanas. Me viene bien así porque demoro siete días en aprendérmelas.

Empiezo a darme cuenta que lo que busco en la vida es alguna carta para mí. Una de esas que no se quedan en el camino. Casi diría que estoy seguro de esto. Aunque se trate de una comunicación agresiva o frustrante, quiero que llegue, pues hasta eso es preferible antes que la duda, y desde luego, mucho mejor que la indiferencia. Quiero saber lo que la gente tiene para decirme.

La esperanza

Desde hace unos pocos años empecé a llevar regularmente las cartas a la residencia de Dios. Esto es lo más notable que ha pasado en mi vida. O lo fue, por lo menos, hasta anoche.

Voy todos los días, aunque no tenga casi nada para entregar. Prefiero no guardar ningún papel para el día siguiente.

Es una casa hermosa y grande, de tres pisos, en lo alto del monte. Las numerosas ventanas me hacen pensar que allí debe vivir mucha gente.

A media mañana llego, cada día, hasta ese lugar, una cima amplia llena de vegetación. Me acerco lentamente a la casa, disfrutando su cercanía. Toco el timbre, y al poco rato me abre la puerta un tipo gordo y sonriente. Es un simple empleado, pero lo respeto porque representa al dueño. Todos los días lo miro con cara de estar listo para

escuchar de él una palabra acogedora, como “Adelante” o “Pase”. Sin embargo, todos los días debo aceptar su tácita negativa a dejarme entrar.

Resignado, abro mi maletín. “Cartas para el Señor” dice la etiqueta pegada a la franja de papel que las mantiene a todas amarraditas. Se las tengo que entregar al simple empleado, quien las recibe con una sonrisa suficiente.

Mi secreta esperanza es ser invitado a entrar, algún día, y poder conocer la casa por dentro, recorrerla entera, y conversar con el propietario. Pero, una y otra vez he debido irme, así no más, y bajar hasta la playa pensando que, ya habrá otra oportunidad.

Hoy es un día diferente. Vengo lleno de felicidad, y ya imagino la cara que pondrá el simple empleado cuando me vea llegar y me abra la puerta. Es que anoche sucedió algo muy especial cuando salí en el bote. Divisé una figura a lo lejos, que parecía el fantasma de algún pirata atrapado para siempre en la inmensidad del mar. Me dio un miedo salvaje. No hallaba para dónde ir porque la visión parecía perseguirme. No quería mirarla. Hasta que tuve que rendirme a la situación que yo no podía controlar.

Levanté la cabeza. Dejé de remar y miré. No era fantasma. Ni pirata. Ni nada por el estilo. Era Jesús que caminaba sobre las aguas y venía hacia mí.

Me habló. Sí, y me dijo que cambiaría un poco mi profesión, mi forma de vivir el oficio de cartero. Ya no tendría que seguir llevando cartas a Dios. Ahora me ha sido permitido repartir sus respuestas.

El cartero antiguo

Con los amigos del correo vamos en las noches a tomarnos unas copas. Ahí hablamos todos nuestros problemas, aunque nadie más nos escuche. De todos modos, nos sirve para desahogarnos. Muchos de ellos ya no van al bar. A los más viejos, que ya no están, los echamos de menos. Cuando jubilan dejan también de ir a compartir con los amigos. Es que los temas de conversación ya no los afectan.

Muchas cosas aprendí del antiguo cartero, que siempre se desvivió por enseñarme el oficio, y se vio superado por los adelantos que ya ocurrían en esa época. Él era muy anciano, y atento, con su pelo blanco y ralo. Le tomé cariño. Al principio, tuve que aguantar la risa un par de veces porque era tan arcaica la manera de trabajar que él tenía.

Recuerdo que, en ese tiempo, las ventanillas del correo tenían unos barrotes de bronce, de sección cuadrada. Había buzones rojos en las esquinas, y hasta se usaban. Eran el orgullo de mi antecesor.

Este hombre me contó que en su juventud tenía que dibujar pacientemente cada estampilla en cada sobre, y pintarla de varios colores. Y lo hacía con tal precisión, que era imposible distinguir una de otra. Mucho cambió la vida después. Hasta él mismo se tenía que reír al recordar sus comienzos.

Había caminado varios miles de kilómetros a lo largo de su vida. Un día de otoño me vio llegar a mí, lleno de ideas nuevas. Con estampillas prefabricadas. Era cuestión de pegarlas, no más, y para eso uno tiene lengua. Además, yo venía con mi maletín volador.

Todo esto es muy parecido a lo que me está pasando a mí ahora, después de los años. Vienen los muchachos nuevos con otros métodos, tan distintos a los que yo aprendí. La rapidez es lo máspreciado, y eso a mí no me resulta, en absoluto. Me dicen “Mueve las cartas, no te muevas tú”. ¿Y cómo querrán que uno pueda hacer eso ?

Nada saco con hablarles de mi maletín volador, que me permite llegar a muchos lugares. No me creen si les digo que cuando lo abro y me meto en él hasta las rodillas, me basta mover un poco los zapatos, y el maletín se eleva.

Mientras toma velocidad, me voy leyendo el diario. Cuando llego a destino encojo los dedos de los pies y bajo hasta el nivel de las ventanas. Igual, hasta yo mismo me quejo de la lentitud de mi limitado maletín. Es de corto alcance.

El caso es que me tuve que retirar cuando yo no encajaba en los impetuosos planes de estos muchachos jóvenes. No tienen ninguna experiencia estos niños nuevos que están llegando. Si parece que todavía estuvieran jugando a ser adultos.

Miro mi pelo canoso, el poco que me queda. Entonces recuerdo a ese joven que era yo, cuando reemplacé al antiguo cartero, quizás el abuelo de aquel que lo está vengando hoy.

Caminaré sin tener cartas que llevar. Lo único que sé es que no puedo vivir si no ando recorriendo las calles.

Mañana en la noche me echarán de menos en el bar.

Un presbítero en dificultades

Creo que yo soy el único religioso de la isla. Hasta hace poco, intentaba enseñar las buenas costumbres a la poca gente que llegaba a la capilla. Detrás de ésta hay un convento pero jamás nadie vio a monje ni monja alguna. Sólo un sacristán para los trabajos menores. Ya no se celebra el oficio todas las semanas, sino una vez al mes, porque casi nadie asiste.

Me siento culpable de haber llegado a esta situación de abandono. “¡Soy un Judas!” repito en mis oraciones más lloradas, pero después vuelve a mí el buen humor.

“¿Cuál fue mi error?”, me recrimino, y descubro mi exceso de celo intelectual, y sobre todo el no haber sabido unir la luz y el calor, como en el sol. Hoy aspiro a llegar a esa unión, en las prédicas. Pero, es un círculo vicioso. Si nadie las escucha.

* * *

Recuerdo cuando, en mi niñez, fui obligado a rechazar la amistad de los niños del escondite. “Si yo soy de ellos” decía con lágrimas vivas. Me forzaron a repudiarlos de hecho. Vi cómo mi padre, cura también, echaba a estos niños del templo porque no estimó correcto sus ropajes. Hoy, aún me duele todo eso, y trato de llegar donde los niños. Pero, ya no soy niño como ellos, que han seguido siéndolo. ¿Qué puedo hacer, ahora?

Me he dedicado a estudiar en los libros antiguos que encontré cierta vez. Hay uno de mitos religiosos, escrito en versos, y empieza así:

Quería demoler a la humanidad
la siniestra convención de serpientes.
¡Esta vez al hombre tentaremos,
es nuestra última oportunidad!

Decidieron usar cual manzana
el fruto del árbol inagotable
cuyo sabor dulce y amargo
de pronto se siente necesario.

La culebra llevó al hombre un arma,
diciéndole “Recibe este fruto
de la más fascinante industria;
con él ganarás muchas batallas”.

El hombre estampó su reclamo:
¡Mi Dios me enseñó a amar la vida!
La culebra dijo “Tendrás vida...
cuando la quites a los demás”.

El hombre recordó “No matarás”.
La culebra se siguió arrastrando:
“Solamente dispara las armas
para defenderte de los disparos”.

En un intento desesperado
el hombre puso atención a Cristo.
“Si te golpean en una mejilla,
otra mejilla habrás de presentar”.

La culebra lanzó su estocada.
¡Podrás dar muerte a los malvados!
Argumento jamás contestado
desde la manzana original.

El hombre optó por el fusil
y lo ofreció a la mujer y al niño,
los que aún responden tímidos:
¡Mi Dios me enseñó a amar la vida!

* * *

Vislumbré mi desunión interna cuando me fijé en un detalle que no parecía importar tanto. En la capilla faltaba la sexta estación del Vía Crucis. Desde pequeño, recuerdo que ya no estaba. Nunca supe por qué. Ahora, quiero descubrir cuál es el motivo.

* * *

Uno de los niños que vienen al oficio es un mal educado. Se come la hostia como si fuera un chicle. Es un verdadero rumiante. El domingo pasado le tomé el tiempo. La hostia le duró más de veinte minutos en la boca. Por reloj. Si hasta trataba de hacer globitos.

Me acordé de una de las situaciones más insólitas que me ha tocado vivir. Esa vez, que se me confundieron las hostias consagradas con las sin consagrar. Eran dos copones que el idiota del sacristán los guardó juntos. Lo reté para que no le vuelva a pasar.

Fue bochornoso. No hallaba qué hacer, pues si le doy a alguien, en la misa, de las sin consagrar, no sé qué daño le estaré haciendo. Por lo menos, sería un verdadero fraude. En esa oportunidad me pregunté cuáles contagian a cuáles. Quise consagrarlas todas, por si acaso. Pero, no me atreví. Ignoro si puedo volverlas a consagrar las que ya lo están. Busqué en los libros si acaso existe reconsagración. No encontré nada que me aclarara ese aspecto.

Traté de sentir cuáles eran las verdaderas. Se veían iguales. Se escuchaban iguales. Nada en ellas era distinto. Ni el color, ni el aroma. Las probé. Sabían iguales. Las puse en mi mano, invocando la sabiduría. Les busqué algún resplandor. Todo fue infructuoso.

Al último, lo que hice fue comérmelas todas. Y eran tantas que se me anduvo echando a perder el estómago. Bueno, eso es un mal menor.

Ahí viene el sacristán. Me da tanta rabia cuando me acuerdo.

-¿Cuál de los dos copones es el consagrado? -le vuelvo a preguntar, igual que aquella vez.

-El doradito -responde, y me dan ganas de patearlo.

-Si son iguales -le digo, perdiendo la paciencia. Y a continuación, agrego:

-Te dije, imbécil, que respetes las cosas sagradas.

El televisor y el elefante

Había una vez un elefante que tenía la capacidad de detectar televisores. Aunque estuvieran apagados, escondidos, o embalados. Los pescaba con su trompa y los lanzaba lejos, con tanta fuerza que se rompían. Apareció como la salvación del mundo. La cultura estaba esperanzada.

-Lo que pasa es que este elefante es comunista -se escuchó decir a alguien, en una tertulia.

Los científicos querían desentrañar el misterio. ¿Qué tiene el televisor apagado que lo delata? ¿Es por olfato? Quizás se trata de un magnetismo latente, no descubierto aún. Algo de los metales, o de los circuitos.

-¿Cómo me habla usted, colega, de magnetismo de latencia subliminal de orden N, si eso aún no ha sido descubierto? -argumentó uno de los científicos, en una reunión de trabajo.

-A lo mejor lo estamos descubriendo justamente ahora.

-Es que no podemos ser tan especializados.

Una noche, durante las noticias, estaban explicando con detalles la forma cómo se cometió un asesinato. Toda la gente se interesaba en aprender. El locutor señaló que se había utilizado un mortal producto químico llamado fenil sutil malato descafeínico.

En ese momento, el elefante llegó hasta el televisor más cercano, con tal grado de violencia que hasta el animador del programa trastabilló y se fue al suelo. En el estudio de TV no supieron cómo pudo ocurrir eso. No fue un simple tropezón como cualquiera.

Cada día aumentaba la inquietud por aclarar el misterio del paquidermo. Las autoridades construyeron un edificio con una inmensa sala de elefantes. En la entrada se leía, con letras grandes, "Estudios de Magnetismo Latente".

Se efectuaron experimentos con trozos incompletos de televisor y con otros aparatos disfrazados de TV. Todo tuvo que terminar. Un día, el elefante apareció muerto. Asesinado, con una fuerte dosis de fenil sutil malato descafeínico.

El aprendiz de diablo

Soy un demonio de tercera clase. O sea, de los más ineptos que puede haber. Aún cuando la ineficacia es una de las tantas realidades que conforman lo más profundo de mi espíritu, junto a la estupidez y la pereza, por nombrar sólo algunas, se da el contrasentido que, es justamente la ineficacia la que ha estado frenando mi carrera. No he querido ir a estudiar al Instituto Belcebú porque no se me pasa por la cabeza ser responsable o cumplidor. Es cierto que allí aprendería a desarrollar las características satánicas más prestigiosas, como son la soberbia, el odio y la alevosía. Sin embargo, creo que podré progresar en forma autodidacta, para lo cual me basta con observar a mi alrededor.

Ocupo un departamento pequeño en un edificio que ya se derrumba, en el lado sur del condominio infernal. Mi vecina es una diabla feísima y antipática, que fornicaba sólo con diablos de primera clase. A mí, me desprecia, la muy presumida. Bueno, todo el mundo me desprecia. Tanto los buenos como los malos. Eso es algo en que se ponen de acuerdo para perjudicarme.

Casi todos los días salgo a trabajar, no muy temprano, y llego rendido en la noche. Tengo que ir al mundo de los buenos a provocar tentaciones. Al principio, me gustaba mi trabajo, pero ya me aburrí. Ayer me dijeron que asistiera a una reunión de poderosos y les metiera en la cabeza la idea de armar una guerra devastadora.

Entré un poco escondido a una gran sala, y me encontré con señores elegantes y también varios compañeros míos. Parecía que fuéramos nosotros los anfitriones. Todos los demonios hablábamos al mismo tiempo y decíamos cosas parecidas. Comprendí que yo era tan solo uno más del montón.

-Hay que atacar -le dije al oído al que presidía la reunión-, hay que atacar.

-Pero, no será en nuestro territorio -dijo en voz alta, como dirigiéndose a alguien.

-El mundo está lleno de enemigos -insistí.

-Le costará mucho dinero al estado -murmuró.

-Y a tí, ¿qué te importa? -casi le grité.

-Tengo que mostrar una buena imagen -manifestó el hombre-, porque se acercan las elecciones.

-Lléname de plata antes que te derroten -le recomendé-, que después se pasará la oportunidad.

-No estoy muy convencido -exclamó.

Yo me empecé a retirar con la cola entre las piernas. Entonces surgió un diablo de primera, con la palabra eficaz.

-Cada avión de guerra que echen abajo -dijo con calma, como mascando las palabras- será una pequeña fortuna que ingresará a los bolsillos de los accionistas

-¿Eres país o eres accionista...? -agregó, después de una pausa.

Me retiré lleno de envidia. ¿Por qué no se me ocurrió a mí decir eso?

Fui castigado porque mi rendimiento no estuvo a la altura de lo esperado. No logro ser un diablo como la gente.

Tampoco creo en eso de firmar, a lo Fausto, un documento que, entre otras cosas, compromete a no cumplir los compromisos. La lealtad no está entre mis principios básicos. Ni la sinceridad, tampoco.

Me doy cuenta que el odio ha entrado en mí, aunque he querido negarlo, no verlo. Es la causa de mi pesantez, no ser acogido, no ser amado. Odio porque alguien odió. Odio a los que odian. Odio el odio. ¿Cómo se termina todo este círculo vicioso? Caigo en lo mismo que odio. Es el miedo el que está actuando en mí.

¿Y el ídolo Luzbel? Tuvo su debilidad. ¿Alguien lo tentó? ¿Cómo pudo ser si en ese entonces no había nadie que pudiera tentar a alguien? Sin duda, es un personaje contradictorio.

Creo que lo mejor será retirarme de la vida que he estado llevando.

Recuerdo a un hombre distinto a todos los demás, que dijo en voz alta, hace mucho tiempo, a sus seguidores:

-Amad a vuestros enemigos.

Siento en el ambiente la presencia pisoteada de ese hombre distinto. Hasta he llegado a pensar que quizás esa presencia sea capaz de llenar mis vacíos.

Después de todo... ¿qué soy yo si no un enemigo? ¿Acaso no merezco, por lo menos, ese calificativo? Siempre he tratado de serlo.

Lo que dispuso el hombre distinto ha seguido estando en pie. No tengo intención de obstruir ese mandato. En el fondo, yo también necesito que me amen. Y que me saquen de mi estado de ánimo infernal.